



Rainer Barzel y Franz Joseph Strauss, dos víctimas de su propia rigidez, pueden ser, con los respectivos partidos de oposición que representan, símbolo de la gran tragedia de que es protagonista la derecha europea desde hace algunos años.

viética de ahora y la Unión Soviética de la época de Stalin es absurda, sólo por una razón; porque probablemente en los últimos años stalinianos, a partir de la colaboración de guerra con las potencias occidentales, parecía existir ya esta posibilidad de coexistencia que sus sucesores han desarrollado después de vender barata su piel. La idea de que la Unión Soviética es la misma «de siempre», la de que el «comunismo internacional» —algo que dejó de existir después de que el propio Stalin disolviese la Kominform, que fue débilmente reconstruida en forma de Kominform cuando la declaración de guerra fría por parte de Occidente lo requirió, y que fue de nuevo disuelta, y que hoy no es más que una nostalgia, o quizá muy poco más, una simpatía— sigue teniendo «sus mismos objetivos», y que los que no aceptan este grave error de óptica y de análisis son «traidores» o son, en el mejor de los casos, «tontos» —la terrible e injusta definición del «tonto útil»— son las últimas amarras de esta gran derecha.

ES la pequeña derecha, que a veces gusta de revestirse de nombres, símbolos o advocaciones de izquierda —como en el propio caso de Brandt, con su representación del viejo partido social-demócrata, ya vaciado por dentro— la que está obteniendo las mejores ventajas de esta obstinación de la que hay pocos ejemplos tan estremecedores como el de la democracia cristiana y su aliada social-cristiana en Alemania Federal: perdiendo todas las bazas posibles en la política interior —como, por ejemplo, el caso de la inflación galopante— por seguir una política exterior no solamente impopular, sino inútil. La gran derecha utilizada por los Estados Unidos después de la guerra —con la gran agudeza de permitir que se titulase antiamericana, en algunos casos— ya ha dejado de servir. Pudiera ocurrir que se volviese contra ellos su popular dictorio antes citado, el de «tontos útiles». Sirvieron para la guerra fría, hubiesen sido las brigadas de choque del capitalismo, hubiesen matado y se hubiesen dejado matar... Y quizá aún lo harían. Ahora sobran. Ahora se les va quitando de en medio, suavemente a veces, con alguna rudeza otras; mientras ellos mismos se niegan a la evolución de las especies políticas, a modificar sus organismos internos que les permitirían aún vivir en un clima que les es adverso. Y aun así, aun en actos de soberbia política como el que Strauss ha preparado para hundir a su compañero Barzel, siguen siendo útiles a la pequeña derecha, que se puede mostrar como una barrera que defiende la libertad contra estos personajes del antiguo mundo.

## EL TRABAJO EXTRANJERO EN FRANCIA

Los trabajadores extranjeros en Francia han recibido la semana pasada una promesa de protección por parte del ministro de Trabajo, Georges Gorse. Temible protección. Hay siempre una tendencia en las autoridades a resolver los problemas con aumento de sanciones, controles, vigilancias o prohibiciones, y esto es lo que sucede en este caso: el gobierno francés va a ser más severo con los que especulan con la mano de obra extranjera. Esto quiere decir que a partir de ahora las formas de trabajo ilegal —entrada sin pasaporte, o con pasaporte turístico; trabajo sin contrato o sin seguridad social, etcétera— van a ser más difíciles y, por lo tanto, más caras para el trabajador. Los intermediarios y los especuladores, el «marchand d'hommes», el agente de trabajo, viven precisamente de la dificultad y del control: si la entrada fuese libre y el obrero fuese un obrero calificado en tanto que su pericia o su asiduidad, y no por su nacionalidad y por los documentos de su cartera, los intermediarios dejarían de existir. Pero ni las autoridades ni los patronos tienen ningún interés en que deje de existir esa discriminación. Es una forma de conseguir mano de obra barata, y la Humanidad lleva siglos tratando de conseguir mano de obra barata, desde la esclavitud hasta el racismo, pasando por la colonización, y ahora por esta colonización a domicilio que supone la emigración, no exenta de racismo (un obrero español en una estación de servicio: «Las propietas que me dan son, por término medio, la mitad de las que le dan a mi compañero, que es francés»).

Mediante las complicadas concesiones de la «carte de séjour» y de la aún más difícil «carte de travail», y sus necesarias y frecuentes prórrogas, las autoridades se aseguran la fácil expulsión de los obreros incómodos; y los pequeños funcionarios y policías de segunda clase obtienen muy buenos beneficios para adelantar o conceder estos imprescindibles documentos. Mientras el inmigrante los consigue, siempre encuentra un agente que, mediante comisión, le proporciona un trabajo; pero ya se sabe que es un trabajo sin contrato —por culpa del obrero, que no tiene sus papeles en regla— y, por lo tanto, con un sueldo inferior; y, desde luego, sin seguridad social. Porque el patrono se expone a multas y persecuciones, y porque tiene que pagar también la corrupción de funcionarios que permiten este tráfico.

La explotación no termina ahí. Abarca hasta a los obreros legales. Desde el lugar donde dormir que le facilita el «marchand de sommeil» —ya se sabe que hay camas que sirven las veinticuatro horas del día, en turnos de ocho horas— hasta el problema sexual —los domingos y los sábados por la noche suele haber largas colas en la «boite aux arabes», el burdel para los norteafricanos, pero también para otros discriminados—, todo es materia para el robo; incluyendo personas de profesión aparentemente caritativas que suelen encargarse del envío y cambio de moneda a las familias en el país de origen, o que cobran una cantidad mensual como seguro de alojamiento y comida

para los que puedan perder su trabajo, hasta que encuentren otro (y ellos mismos se encargan de que lo encuentren al día siguiente). Está suficientemente claro que las medidas que pueda tomar el ministro Gorse contra los especuladores no tendrán nunca ninguna efectividad, y que las que serían efectivas serían las de disminución de controles, apertura de fronteras a los trabajadores y una suficiente campaña de lucha contra la discriminación. Es decir, fortalecer a los propios trabajadores.

Lo están haciendo ellos por su cuenta. Acaban de descubrir que, juntos, suman el 20 por 100 de la mano de obra del país. Son, aproximadamente, cinco millones, a partir de los 750.000 argelinos, a los que torpemente el primer ministro Messmer ha llamado «una trampa de la Historia», como si fuese algo que Francia tuviera que soportar por haber colonizado a Argelia, cuando, en realidad, es una trampa económica para los propios trabajadores, que están siendo explotados; los 700.000 portugueses, los 600.000 españoles... (son cifras, naturalmente, aproximadas). Sus huelgas de abril han demostrado hasta qué punto el funcionamiento de la industria francesa depende de ellos; y, por primera vez, los sindicatos franceses comienzan a encuadrarles y organizarlos. De una cierta forma revitalizan el sindicalismo francés, suministrándole un cierto material de desesperados, de los que iban careciendo, por el emburguesamiento de la clase trabajadora francesa. Pero, al mismo tiempo, los sindicatos están realizando algo que sólo existía en potencia: una solidaridad de los trabajadores franceses con sus compañeros extranjeros y una conciencia sindical en estos mismos obreros extranjeros, que hasta ahora sólo querían pasar inadvertidos, y que consideraban al llegar que el trabajo más humilde y el alojamiento más siniestro eran ya una ventaja para ellos. Muchas veces el obrero francés ha despreciado al extranjero precisamente por su premura en trabajar y producir más allá de las normas sindicales y a salarios menores, por prestarse a un juego que significaba un abaratamiento de la mano de obra general; y el obrero francés, en lugar de enfrentarse con la situación que creaba la angustia de su compañero, se enfrentaba directamente con él. Los sindicatos les admiten ahora; ha comenzado la CGT y continúan las demás. Las manifestaciones del 1 de mayo en París y en otras ciudades francesas tuvieron este carácter de apoyo a las reivindicaciones de los extranjeros, que habían sido ya duras a partir de primero de año, y especialmente en el mes de abril. La idea de que «la lucha de los trabajadores extranjeros y la de los trabajadores franceses es una sola», como dicen algunos de los discursos y de las pancartas del 1 de mayo, es relativamente nueva, y está comenzando a ser eficaz. Se ha llegado a pedir para el trabajador extranjero no sólo el derecho a circular libremente, el de sindicarse, el de paga y alojamiento iguales, sino incluso el derecho de voto, alegando que estos cinco millones de personas dependen de un gobierno que no pueden elegir.